

Don Vicente...



rigo Tarsicio Kai cae en el frente de Pacífico a los veintidós años, salesiano desde hacía sólo 12 meses. En un hospital muere Juan Nishimura. Tenía treinta y dos años y estaba a punto de ser sacerdote. Para el final de la guerra habrán muerto 10 salesianos japoneses.

Luego, en 1945, las bombas atómicas. La segunda fue lanzada sobre la catedral católica de Nagasaki, único barrio católico de todo Japón. El 15 de agosto Japón se rinde. La guerra ha finalizado con un inmenso desastre. Tropes de muchachos sin familia vagan entre las ruinas. Se convierten en limpiabotas, pinches, ladrones, saqueadores. La policía, exasperada, dispara. Don Tassinari, director de la casa salesiana de Tokio, comienza la "ciudad de los muchachos": 260 huérfanos, con escuelas elementales, medias y profesionales.

Los años de la reconstrucción son duros. Todos admiran y ayudan a los misioneros católicos. 1949 : Don Cimatti cumple setenta años y consigue, después de enérgicas peticiones, que la dirección general de las obras salesianas japonesas sea confiada a otra persona. Los años siguientes los vive en la periferia de Tokio, entre los clérigos que se preparan al sacerdocio: jardinero, profesor, confesor, también por algún tiempo director. Los últimos años se acaban lentamente: la sonrisa en los labios, el rosario en las manos. Dios vino a llevarse-lo el 6 de octubre de 1965.

CONOCIENDO A DON BOSCO

Bruno Ferrero

Cada año llama a la puerta de Don Bosco un grupo más numeroso de pequeños trabajadores. Son diez en 1853, serán ciento veintidós en 1886. Son aplastados por una montaña de injusticias. Las leyes que protegían, hasta 1844, las relaciones entre principiantes, aprendices de taller y patronos fueron abolidas por edicto real, arrancado al rey por los "liberales", en nombre del progreso.

Don Bosco no estaba satisfecho con los trabajos de los jóvenes. En los talleres y en las tiendas los pequeños trabajadores conviven con adultos a veces deshonestos, que hablan y actúan de modo poco educativo, que les invita a beber "para levantar la moral y estar alegres". Terminan así por estropearles el cuerpo y el alma.

En el otoño de 1853 Don Bosco (que tiene la bolsa vacía como siempre) realiza un acto de audacia: manda construir un nuevo edificio junto a la casa Pinardi y da comienzo a los talleres internos, en el Oratorio. Comienza con los zapateros y sastres, porque esos oficios sabe enseñarlos él, sin necesidad de pagar instructores externos. Pero está decidido a no quedarse ahí.

El taller de los zapateros lo coloca en un local estrecho, cercano a la iglesia de san Francisco de Sales. Se sienta delante de la mesita, y bajo la mirada de cuatro chiquillos asombrados golpea una suela esmeradamente, maneja la lezna alrededor de la pala del zapato. Después pregunta si han entendido cómo se hace. Al sí incierto de los chiquillos, intuye que han entendido poco, y comienza de nuevo, con paciencia.

Los sastres están colocados en la habitación de la cocina, mientras las cazuelas y los hornillos son trasladados al edificio nuevo. El maestro es también él, Don Bosco, al que en tiempos pasados invitaron a "colgar los libros", al comprobar su habilidad en la sastrería.



Los chicos, ahora, no salen a trabajar a la ciudad. Trabajan en casa, bajo la guía amorosa de Don Bosco y de sus ayudantes. El Oratorio comienza a desbordarse de chicos que llegan de todas partes: quieren aprender un oficio, no quieren encerrarse en los talleres de la ciudad. Llegarán al número de 300. Pero Don Bosco selecciona a los chicos: prefiere a los más pobres, a los más míseros, a aquellos que tienen necesidad absoluta de una mano para no naufragar en la vida.